



**ISRAEL: SEGURIDAD, TECNOLOGÍA  
Y EDUCACIÓN**

**JOSÉ MARÍA AZNAR**

**Universidad Bar Ilan  
Punta del Este, Uruguay**

**7 de enero de 2009**

Permítanme que comience agradeciendo a la Universidad de Bar Ilan su amable invitación para compartir con ustedes algunas reflexiones sobre la situación y las perspectivas de Israel, que resultan particularmente pertinentes en estos tiempos de conflicto.

Me siento muy honrado por haber sido invitado a participar en este prestigioso foro.

Hago extensivo mi agradecimiento a todos ustedes, que han tenido la amabilidad de acompañarme. Gracias por su tiempo, su compañía y su interés.

Los organizadores me propusieron que dedicara esta intervención a hablar sobre **Israel en el terreno de la seguridad**.

Y eso haré, porque soy una persona muy disciplinada. Y hablaré claro, como siempre hago. Sin andarme por las ramas.

Antes, no obstante, haré algunas aclaraciones y comentarios que considero imprescindibles.

El primero es que mis opiniones e impresiones son las de alguien que rehuye la corrección política. Con mis opiniones no pretendo caer simpático. Tampoco pretendo recibir el aplauso de los antioccidentales. Me limito a ser fiel a mis principios y valores, y a la verdad.

Mi segundo comentario se refiere a mi condición de político que ya no está en activo, que hace cinco años abandonó voluntariamente la Presidencia tras ocho años al frente del Gobierno español.

Desde entonces me dedico a defender las ideas en las que creo. De eso nunca me voy a retirar. Nunca me cansaré de la tarea de defensa de la libertad del individuo, de los principios y valores universales en los que sustenta la civilización occidental, de la que América Latina e Israel, sin ningún género de dudas, forman parte.

En estos tiempos de conflicto armado en la franja de Gaza, vuelven a proliferar los enfoques antisemitas. Es una realidad profundamente preocupante, especialmente en Europa, donde la semilla antisemita, que creíamos desterrada desde los horrorosos tiempos del nacionalsocialismo, está rebrotando de la mano de la izquierda y de ciertos líderes islámicos.

El derribo del Muro de Berlín, del que celebraremos este año su vigésimo aniversario, hizo pensar a muchos, entre otros, a filósofos brillantes como Francis Fukuyama, que el final de la historia había llegado, y con él se desvanecían las amenazas totalitarias sobre el mundo occidental. Lamentablemente, todo era demasiado bonito para ser verdad.

Tenemos que reconocer que el entorno estratégico en el que vivimos ahora es radicalmente distinto al que nos habíamos acostumbrados en los años de post-guerra fría, cuando creíamos que el mundo occidental se había impuesto de una manera

benigna y donde nuestros enemigos se evaporaban progresivamente.

Hoy pesan sobre nosotros graves amenazas, desde ideologías enemigas de la libertad dentro de nuestras propias democracias, a fuerzas revolucionarias no gubernamentales, como Al Qaeda, potencias que quieren subvertir el orden actual, como Irán, o naciones que aspiran a cambiar la distribución de poder, desde las manos occidentales a las suyas, como hoy es Rusia y mañana puede querer serlo China, si antes no colapsa la economía china. Terrorismo, proliferación y potencias no "estatuquoístas" forman un peligrosísimo cocktail que, en ausencia de respuesta adecuada, puede llegar a poner en peligro nuestra forma de vida, si no nuestra misma existencia.

Que las condiciones de nuestra seguridad han cambiado drásticamente no hay más que verlo en un solo ejemplo: Israel. Durante décadas, la seguridad de Israel dependía en buena medida del apoyo exterior, sobre todo de los Estados Unidos de América.

¿Qué vemos hoy? Particularmente hoy, cuando las fuerzas de la IDF se esfuerzan en desmantelar el terrorismo de Hamas en Gaza.

Lo que vemos es que es nuestra seguridad, la del mundo occidental, la de América y Europa, la que depende de la seguridad de Israel y de su existencia.

Para mí, no me cansaré de repetirlo, Israel no es una nación del Oriente Medio.

Es una nación occidental que se encuentra en el Oriente Medio, que no es lo mismo, ni mucho menos.

Además, es la única democracia de toda la región, rodeada de dictaduras y regímenes autocráticos, frente a los que, por cierto, no se erige jamás ninguna voz crítica de la izquierda europea.

Más aún, Israel es la cabeza de playa de la civilización occidental en el mundo musulmán.

Todavía más, Israel probablemente sea nuestra primera y última trinchera en la guerra contra el terrorismo islámico. Si tradicionalmente eran los Estados Unidos de América quienes se consideraban la mejor esperanza para la defensa de Occidente, porque históricamente así se ha escrito la Historia, Israel debe ser sin duda nuestra última esperanza, habida cuenta de las actuales circunstancias. ¿Qué ocurriría si Israel sucumbiese? Cabe pensar lo peor para el resto de Occidente.

De ahí que en mi opinión, debemos hacer cuanto esté en nuestras manos para reforzar la posición de Israel, de su pueblo, de su prosperidad y de su seguridad. No puede haber mejor inversión que podamos hacer desde Europa y América para garantizar nuestra propia seguridad.

Precisamente con esto en mente, hace ahora casi cuatro años lancé una iniciativa para la reforma de la Alianza Atlántica, la única alianza militar de Occidente, en una doble dirección.

En primer lugar, para que la organización asumiese como una de sus tareas primordiales la lucha contra el terrorismo islámico, puesto que creo que el yihadismo representa en verdad una amenaza existencial contra todos nosotros; y en segundo lugar, ampliar la OTAN a fin de que se convierta en una auténtica organización defensiva a escala global, incorporando nuevos miembros como Corea del Sur, Japón, Australia e Israel.

Sí, Israel. Han oído ustedes bien.

Les anticipo que estamos trabajando concienzudamente en un segundo informe sobre la seguridad del mundo occidental.

Lo que tienen todos esos países en común es su pertenencia a la civilización occidental, que son democracias liberales y que están comprometidos activamente en la defensa de nuestro modo de vida. Y todo eso, ni más ni menos, es lo que está en la base de la OTAN: la defensa de los valores democráticos, del libre mercado y de la civilización occidental.

Yo estoy convencido que si de verdad queremos prevalecer en esta batalla civilizacional en la que estamos –y no por deseo propio, porque desgraciadamente no podemos elegir a nuestros enemigos, que han dejado muy claro que lo que quieren es acabar con el mundo occidental– tenemos que caminar juntos y cooperar codo con codo.

Necesitamos reconstituir y reforzar Occidente y no precisamente sobre una definición geográfica. Necesitamos una América atlántica, firmemente anclada en el mundo; necesitamos una Europa atlántica, comprometida fielmente con nuestro principal aliado; y también necesitamos un Israel atlantista.

No hay más que darse un paseo por los titulares de los principales periódicos del mundo para darse cuenta de que Israel es siempre un asunto espinoso y divisivo.

Pocos quieren liberarse de la hipocresía que arrastran durante años y reconocer de una vez por todas que la batalla de Israel es también nuestra batalla, incluyendo Gaza. Acabar con Hamas, militar y políticamente, no sólo redundaría en beneficio de los israelíes, sino que para en seco las ambiciones de Irán en el Levante, algo que es de mi directo interés.

La hipocresía es sangrante en Europa, un continente duramente castigado por el terrorismo durante décadas, y que en España sigue cobrándose año tras año su macabra cuenta asesina. Alemania, Italia, Francia, Reino Unido y España han sufrido y siguen sufriendo el terrorismo en sangre propia.

En estos países a los terroristas se les llama terroristas cuando operan en territorio nacional. Pero parece que cuando se trata de terroristas que operan contra Israel se cambian la perspectiva y el lenguaje.

Pero vuelvo al asunto de la OTAN. Si Israel, como digo siempre, resulta ser un asunto divisivo, meter a Israel en la OTAN no lo es menos. Incluso –y soy especialmente consciente de ello- para los propios israelíes. Pero antes de que cierren sus mentes a la idea de Israel en la OTAN, consideren lo siguiente:

Primero, Irán. Creo que nadie en su sano juicio albergará dudas sobre las reales intenciones de Teherán respecto a su programa nuclear. Los ayatolas quieren la bomba nuclear, y a menos que la comunidad internacional haga algo efectivo para frustrar sus aspiraciones y esfuerzos, acabarán teniéndola. Hemos gastado varios años de negociaciones diplomáticas intentando persuadir a Irán para que congelara su programa, sin resultado alguno.

Ahora que el precio del crudo ha bajado significativamente y que Teherán cuenta con menos recursos, deberíamos poder ejercer una mayor presión y prevenir que Irán se convierta en una potencia atómica. Pero por si no lo logramos, también deberíamos prepararnos para forzar a un Irán nuclear a comportarse sabia y prudentemente.

Si Irán ve y siente que Israel es parte integral de Occidente, no sólo en su cultura, sino en sus instituciones, incluidas las de seguridad, como la OTAN, estoy convencido de que nuestra capacidad de disuasión se verá reforzada.

Contar con un paraguas de la OTAN sobre Israel tendrá por fuerza un efecto protector y disuasorio, como en su día lo tuvo la disuasión



extendida de los Estados Unidos de América a Europa. No debilitaría la estabilidad en la zona. Al contrario, la reforzaría.

Alternativamente, un Israel paulatinamente aislado del mundo occidental, de la Alianza Atlántica, aumentaría con seguridad la probabilidad de que un mal cálculo llegara a ocurrir, lo que en un ambiente atómico sólo podría significar que todos nos adentraríamos en un conflicto de incalculables consecuencias.

En segundo lugar, hemos podido comprobar cómo el nacionalismo palestino se ha ido transformando en islamismo radical.

La victoria de Hamas en Gaza, hace ahora dos años, no trajo consigo simplemente una retórica más aguerrida contra la existencia de Israel, sino un orden social basado en la teocracia y la intolerancia religiosa, entre otras cosas, y que los propios palestinos de Gaza han tenido que sufrir en muchos casos.

Lo que quiero decir es que Israel ha pasado a ser otra pieza más en el puzzle global de la jihad. El islamismo radical y extremista se ha acercado peligrosamente a las puertas de Israel, amenazando la estabilidad de la región entera, desde Jordania a Egipto, por no mencionar el Líbano.

Occidente no puede hacer frente a esta ola –auténticamente un tsunami- de radicalismo sin Israel.

Como también creo que Israel, a la larga, no podrá defenderse solo. De hecho, no debería tener que hacerlo.

La política, como saben, es un peculiar universo. Bismarck dijo una vez que la “política es el arte de lo posible”.

Margaret Thatcher añadió años después que “la política es el arte de hacer posible lo deseable”.

Yo tiendo a estar más de acuerdo con la forma de entender la política de Thatcher que del realismo cínico de Bismarck. Probablemente porque siempre he sido un optimista y porque sigo creyendo en el poder de las ideas y en la capacidad de transformar la realidad. Hay que estar en política para hacer cosas, no para sentarse a disfrutar del poder mientras dure.

Desde que propuse la incorporación a la OTAN como miembro de pleno derecho de Israel, se han dado algunos pasos en la buena dirección.

El debate está en la calle, para empezar, algo inconcebible hasta ese momento; en segundo lugar, Israel y la OTAN han alcanzado un acuerdo técnico de cooperación que puede mejorar muchos aspectos de la práctica militar; pero, sobre todo, los líderes políticos fuera y dentro de Israel son conscientes de que este es un genio que no va a poder meterse de nuevo en la botella.

Hoy Israel está en guerra por una Franja de Gaza que pretende que no esté gobernada por terroristas cuya mayor preocupación es

acabar con Israel, en lugar de ofrecer oportunidades a sus propios ciudadanos.

El 10 de febrero Israel deberá elegir un nuevo gobierno tras varios años de incertidumbre y confusión. Soy un “outsider”, pero como político retirado que soy y, sobre todo, como amigo de Israel, me gustaría ver que Israel deja atrás este periodo de complejo panorama interno y se decide por tener un gobierno fuerte. Porque la situación de Israel y del mundo en general requiere hoy de gobiernos y líderes fuertes, no gobiernos y dirigentes descafeinados o “lights”, líderes buenistas, huecos de voluntad, vacíos de ideas fuertes y sólo pendientes de la última encuesta electoral de turno.

Quienquiera que sea el vencedor en la contienda electoral tendrá el apoyo que yo pueda buenamente y humildemente darle. Israel es más importante que cualquier cara, nombre o personalidad. Aunque esté hecho y se haga a base de caras, nombres y personalidades.

Se pueden tener instituciones internacionales débiles con miembros fuertes –estamos hartos de verlo– pero es imposible tener instituciones fuertes con miembros débiles.

Contar con las instituciones adecuadas para hacer frente a nuestros adversarios y enemigos es cuestión de vida o muerte. Israel lo sabe bien a nivel nacional. Cuando la amenaza global deberíamos aprenderlo a escala internacional.

Puede que la OTAN sea incapaz de transformarse y pase a ser una institución marginal y crecientemente irrelevante.

Pero si eso llegase a suceder, habríamos perdido ya mucho en la batalla por nuestra supervivencia en tanto que mundo occidental y democracias abiertas y liberales. Nuestro mundo está hecho también de instituciones y sin ellas no puede seguir siendo lo mismo.

Yo creo en Occidente, en su poder de regeneración y en sus valores, los únicos que han dado pie a un sistema que alimenta y promueve la dignidad humana y la prosperidad de sus ciudadanos. Y también creo en la OTAN como expresión de la solidaridad colectiva en defensa de Occidente. Y por eso creo que Israel debe ser parte de la OTAN, porque los beneficios superan con creces los costes, para la OTAN y para Israel.

La capacidad defensiva de Israel depende también de su potencia económica, que a su vez depende de apostar por la política económica adecuada. La que permita financiar unas fuerzas defensivas suficientes para garantizar su seguridad.

Seguramente me han oído ustedes hablar en otras ocasiones de las buenas y malas políticas económicas. De las que funcionan y las que no funcionan.

Las que funcionan son aquellas que son capaces de garantizar elevadas tasas de crecimiento de la renta y el empleo durante largos períodos de tiempo. Y no es por presumir, pero la que apliqué en España durante mis ocho años de gobierno fue una buena política económica: un incremento del empleo del 50% en

ocho años, pasar del 85% de la media europea en renta por habitante a alcanzar la media, lograr un superávit público tras heredar un déficit del 7 por ciento del PIB, ingreso en el euro, España como segundo inversor del mundo en América Latina.

Todo eso exige reformas profundas. Liberalizaciones, privatizaciones, competencia, instituciones sólidas y respetadas, el imperio de la Ley, un gasto público limitado, los impuestos imprescindibles, equilibrio presupuestario, inflación baja.

Al mismo tiempo, exige apostar por la educación de calidad. Y a esto me referiré brevemente.

Yo no creo en la opción educación pública-educación privada. Sólo creo en la educación de calidad, sea pública o privada, tanto en los niveles elementales como en la educación universitaria, frente a la educación mediocre e igualitarista.

Creo que sólo desde un modelo educativo que respete la libertad de elección y la competencia entre centros, y una apuesta decidida por la calidad y la excelencia es posible construir un sistema educativo que garantice el capital humano necesario para que una economía como la israelí siga siendo próspera, dinámica y capaz de generar los recursos necesarios para garantizar la seguridad nacional.

Implantar esas reformas exige coraje político. Lo digo por experiencia. Porque para el dirigente político es siempre más fácil escuchar las voces aduladoras de quien dice que es mejor no hacer nada, no acometer reformas que tienen cierto coste político a corto

plazo, aprovechar la buena coyuntura y culpar de las malas etapas económicas a la situación exterior.

Pero eso es pan para hoy y hambre para mañana.

Ya les he robado mucho tiempo. Y, por tanto, concluyo.

Deseo con todas mis fuerzas que Israel siga siendo una de las naciones más prósperas y libres del mundo.

Yo no descansaré en mi esfuerzo de apoyo a todos los que creen que el mejor futuro para Israel es también el mejor futuro para el resto del mundo occidental.